

LAS PESAS

Se ata las zapatillas y baja al sótano con el escuchabebés en la mano, por si María se despierta. Enciende la luz y ve la bici estática y la cinta de correr. Se pregunta por dónde empezar. La bici le dirá las últimas constantes de Laura, la pantalla le mostrará los últimos paisajes que miró mientras corría.

Se decide por las pesas porque son inofensivas y puede mantenerlas bajo control. Se pregunta cuántas ruedas debe poner (“se llaman discos”, hubiera dicho Laura) y decide probar con uno. Se sienta en el banco de ejercicios, su puño izquierdo se cierra sobre el asa y levanta la pesa. Algún músculo, Laura sabría el nombre, seguro, se tensa y se esfuerza en levantar la pesa. Mientras la sostiene a la altura del hombro levanta la otra con el brazo derecho. Sabe que debe bajar el brazo en dos tiempos y alternar ambos brazos. Uno, dos, arriba, descanso, tres, cuatro, abajo, descanso, uno, dos, arriba el otro brazo, descanso.

El brazo derecho se para a medio camino cuando el escuchabebés deja oír un ruido. Presta atención y puede escuchar la respiración tranquila y rítmica de su hija. El aparato lo registra todo porque Laura quiso el mejor, “quiero oírla respirar”, decía. Uno, dos, arriba, descanso, tres, cuatro, abajo, descanso, uno, dos, arriba el otro brazo, descanso

Empieza a sudar y alguna gota se desliza sien abajo y se detiene, como decidiendo el camino a seguir. Cuatro meses ya. Se pasa una mano impaciente por la raíz del pelo, las gotas se transfieren al dorso de la mano y después a la camiseta, que queda con un círculo oscuro. Cuatro meses desde que alguien decidió acabar con sueños propios y ajenos en una montaña de los Alpes, y dejó a María sin madre y a él cobrando una pensión de viudedad en un mundo desconocido. Uno, dos, arriba, descanso, tres, cuatro, abajo, descanso, uno, dos, arriba el otro brazo, descanso.

Y por eso ha bajado hoy al sótano que Laura quiso convertir en gimnasio, porque le encantaba el deporte, y estaba en forma, y era muy guapa, y María ha sacado su cabello castaño y sus ojos color caramelo clarito, y pensar en María le hace acelerar el ritmo y las pesas suben y bajan sin orden porque él no sabe nada de coletas ni de princesas y un día María pedirá eso. No respeta las pausas, a veces baja los brazos de golpe, a veces uno solo, a veces los dos a la vez, y le duelen músculos que no sabe cómo se llaman, ni le importa, pero sigue porque se lo debe a Laura, porque a ella le gustaría, y un día él y María correrán en la cinta y él le contara que ahí corría mamá y mira, María, qué playa tan bonita, este verano iremos, y aunque sea el único padre en la piscina de niños, él llevará a María porque a Laura le encantaba el agua y fue a morirse en una montaña, mira tú, pero María sabrá nadar.

La voz de María se escucha en el escuchabebés, él suelta las pesas, que rebotan en el suelo y corre escaleras arriba sin apagar la luz. Entra en la habitación de su hija, los ojos color caramelo clarito se abren redondos al verle y los labios dibujan una sonrisa de tres dientes. “Pa-pá”, dice.